

# LA FOTO - SU HISTORIA - LA HISTORIA

JOSÉ MUÑOZ 1946



Podríamos decir que es la foto de puesta de largo, según la terminología usada para las damiselas de la gente bien de la época y anteriores. Desde la edad de 2 años más o menos de la foto anterior, a mis padres, embebidos con sus problemas de supervivencia y la falta de medios, no se les había ocurrido hacerme una foto para recuerdo. Por eso no tengo más fotos de niñez que las dos expuestas anteriormente. Pero aquí, ya un hombre hecho y derecho a los 15 años, tomé la iniciativa personal de hacerlo, aprovechando el bullicio de la feria en la plaza del Pradillo, arbolada, solada de tierra bien asentada, ponerme delante de la cámara del fotógrafo ambulante, pues durante todo el año no tenía ocasión, porque no lo había en el pueblo. El fotógrafo tenía un fondo de cartón preparado con decoración acorde con la feria. La palabra feria, obviamente tiene un significado propio, como es la feria de ganado, que efectivamente así era, pero para los jóvenes la feria significaba fiesta. El anuncio municipal de “Feria y Fiestas”

no era baldío. La feria de ganado mular, asnal y caballar, en este orden, era necesaria para el mantenimiento de la agricultura, casi toda de índole familiar, más o menos desarrollada, a tenor de la riqueza de cada familia.

La gente campesina usábamos siempre ropa de pana. Traje compuesto de chaqueta, chaleco y pantalón. Nosotros decíamos calzones. La chaqueta y el chaleco durante el otoño, invierno y primavera; y los calzones durante todo el año. El chaleco era importante para llevar la navaja en los bolsillos tipo faltriquera a izquierda y derecha bajo el pecho. La navaja era una herramienta indispensable para cualquier campesino que anduviese con caballerías. Nunca podía faltar la navaja de regular tamaño, porque servía para muchas cosas, además de comer con ella. En el herramental había que llevar orejeras de repuesto en bruto para el arado, que había que ajustar con la navaja. Y en casos extremos, para salvar la vida de alguna caballería atrapada por algún accidente de vuelco de carro u otro. Siempre la navaja a mano. Se me quedaba la boina. No podía faltar la boina, aparecida en la posguerra, aunque no inmediatamente. Era un remedo, una modificación de la bilbaína, sin vuelo, que resultaba más chic. Nos la poníamos inclinada para mostrarnos más interesantes, más chulos. A alguno, por llevar la boina de este modo, le pusieron de mote “El Seta”. Todo por la dichosa boina puesta inclinada, a lo majo. La boina era la moda, pues hasta entonces el campesino viseño había usado sistemáticamente la gorra de visera, la clásica, no las chuminadas que ahora se ven por doquier, de origen yanqui o inglés. Y para mayor escarnio cultural hispano, puestas al revés: lo de atrás, delante.

El mozo José Muñoz aparece en la foto con calzones de pana y chaqueta de jerga, ya raquíta, porque sería del año anterior, cuando el usuario estaba creciendo. La confección no existía. Había que ir al sastre que tomaba las medidas. Nuestro sastre era Porfirio Monsalve, que vivía en la calle de los Álamos. Las patas del pantalón rematadas en vuelta. A las chaquetas de jerga (no pana), los sastres posteriores, muy finos ellos, les llamaban “americanas”, nunca supe por qué. La foto muestra la evidencia de que yo aún no tenía traje para las fiestas. Era un lujo, que solamente podía permitirse la gente que llamaban “bien”, aunque fuera “mal”. Aún tardaría un par de años en tenerlo..., por casualidad. Apareció en mi casa un charlatán persistente, vendedor de cortes de traje a domicilio y lió a mi madre, que después de una fabulosa rebaja, aceptó. Compró para mí el corte de traje. Era marrón claro, y duró muchos años. Mi primer traje, a los 17 años, para poder presumir, naturalmente con corbata.

Allí en la foto aparece el mozo José Muñoz ya consagrado como auténtico labrador, hijo de labrador sin tierra, o como mucho, con diez fanegas entre cereal y olivar. Poca cosa para un labrador que precisaba de unas 60 fanegas para la inversión de la yunta de mulares durante un año entero. He dicho consagrado, porque efectivamente existía una norma no escrita, en la que a los quince años, el mozo ya era considerado hombre útil para todos los efectos, con conocimiento de todas las actividades respecto de la agricultura familiar. Desde cargar los aperos en las caballerías, uncir la yunta, calzar el arado y ajustar con finura la orientación de los diversos elementos que requiere. Así, una vez puesto el pescuño entre la rabera de la reja y el remate inferior plano con remate de pestaña de la estaba, sin apretar, cerrando un ojo, se hacían coincidir en línea recta imaginaria, la manquera de la esteba con la cama del arado y la punta de la

reja. Se iba corrigiendo a golpe de martillo hasta conseguir la coincidencia de correspondencia de estos tres puntos en línea recta. Una vez conseguido, se apretaba el pescuño a golpe de martillo. El pescuño es una pieza de acero dulce en forma de cuña, que es, ni más ni menos, la clave del ajuste. Un gañán que no supiera calzar el arado, no podía llamarse tal. Un arado mal ajustado no se puede dominar, y la labor es necesariamente fatal. Con el aval de maestro, o sea mi padre, que bien me conocía, quedaba acreditada la valía indiscutible del nuevo labrador.

Mientras tanto, él no perdía el tiempo, sino que se dedicaba a cavar las olivas (olivos dicen por ahí), cavar los garbanzos, limpiar los vallejos, retocar las lindes, recoger piedras; y, entre otras cosas, abrir hoyos y plantar con estacas a cuatro un olivar de 72 olivos en la Cuesta del Guijarralejo, al lado del camino Real del puerto del Rey, adonde se desplazaba montado en una borriquilla de pelo gris que compró para el caso.

Al contrario que el año anterior, de sequía extrema, el año 1946 fue una año lluvioso, muy lluvioso. Toda la primavera estuvo lloviendo. Como la mitad de nuestra agricultura estaba en el quinto del Navazo de la finca de Mudela; para cultivar, mi viaje diario era siguiendo por el nuevo matadero, los Charcazos, el camino de Las Tiesas, cruce del río Fresnedas por el vado sobre el molino de Toribio Altozano, ya en ruinas. Pasando un tramo importante de senda se llegaba a la Hocecilla, paso obligado, al cabo de la cual se encuentra dicho quinto del Navazo. El trayecto, obviamente era de ida y vuelta, ésta al final de la jornada. El río bajaba desbordado. El vado, por su extensión entre tamujos, permitía reducir la profundidad del caudal, y así podíamos cruzar el río montados en una caballería con el agua rozando la barriga del animal. Pasé mucho miedo, todos los días, pero había que hacerse fuertes y demostrar entereza y buen ánimo. Tenía que disimular el miedo a ser arrastrado por la corriente. No tuve ningún percance, afortunadamente. A algún pastor, en este mismo punto, le arrastró la corriente al borrico y debió salir por tablas, como pudo; y poder salvar la vida, agarrándose a lo que tuviera a mano. Se salvó.

JOSÉ MUÑOZ.- 15 de mayo de 2020.